

Ciudad del Vaticano (AICA): El papa Francisco presidió el pasado 3 de Junio del 2016 la misa en la basílica de San Pedro, en el marco del Jubileo de los Sacerdotes y de los Seminaristas, y en el marco de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, instituida hace 160 años por el beato Pío IX. El pontífice les recordó que el corazón del sacerdote “no privatiza ni tiempos ni espacios” y que en la celebración eucarística encontrarán cada día su identidad de pastores, y les sugirió tres claves para su ministerio pastoral: busca, incluir y alegrarse.

La Eucaristía fue concelebrada por 20 cardenales, 50 obispos, 250 sacerdotes de la Curia Romana y más de 5 mil sacerdotes llegados a Roma de todo el mundo para el jubileo.

"Estamos llamados a apuntar el corazón, hacia la interioridad, a las raíces más robustas de la vida, al núcleo de los afectos, en una palabra al centro de la persona y hoy queremos la mirada a dos corazones: el corazón del Buen Pastor y nuestro corazón de pastores", recordó el pontífice.

"El corazón del Buen Pastor -explicó- nos dice que su amor no tiene límites, no se cansa y no se rinde nunca. Lo vemos en su continuo donarse, sin límites, allí encontramos la surgente del amor fiel, que deja libres y nos hace libres, allí redescubrimos cada vez que Jesús nos ama hasta el final sin imponerse jamás".

"El corazón del Buen Pastor está dirigido hacia nosotros, polarizado especialmente hacia quien está más distante: allí apunta obstinadamente la aguja de la brújula, allí revela una debilidad de amor particular porque desea alcanzar a todos y no perder a ninguno", agregó.

El Obispo de Roma dio a los sacerdotes algunas claves para ayudarlos a tener el fuego de la caridad de Jesús, el Buen Pastor, y que se sintetiza en tres formas de actuar que sugieren las lecturas del día: buscar, incluir y alegrarse.

"Buscar", puesto que es el corazón que busca: es un corazón que no privatiza los tiempos y espacios, no es celoso de su legítima tranquilidad, y nunca pretende que no lo molesten. “El pastor, según el corazón de Dios, no defiende su propia

comodidad, no se preocupa de proteger su buen nombre, sino que, por el contrario, sin temor a las críticas, está dispuesto a arriesgar con tal de imitar a su Señor", precisó.

"Incluir", porque Cristo ama y conoce a sus ovejas, da la vida por ellas y ninguna le resulta extraña. "No es un jefe temido por las ovejas - afirmó Francisco - sino el pastor que camina con ellas y las llama por su nombre para reunir a las que todavía no están con Él".

"Alegrarse", dado que Dios se pone "muy contento" y su alegría nace del perdón, de la vida que se restaura, del hijo que vuelve a respirar el aire de casa.

Franciscos le recordó a los sacerdotes que en la celebración eucarística encuentran cada día su identidad de pastores y los instó a hacer suyas las palabras de Jesús: "Este es mi cuerpo que se entrega por ustedes".

"Éste es el sentido de nuestra vida, son las palabras con las que, en cierto modo, podemos renovar cotidianamente las promesas de nuestra ordenación", subrayó y les agradeció su "sí" para dar la vida unidos a Jesús, "fuente pura de nuestra alegría".

Texto de la homilía
La celebración del Jubileo de los Sacerdotes en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús nos invita a llegar al corazón, es decir, a la interioridad, a las raíces más sólidas de la vida, al núcleo de los afectos, en una palabra, al centro de la persona. Y hoy nos fijamos en dos corazones: el del Buen Pastor y nuestro corazón de pastores.

El corazón del Buen Pastor no es sólo el corazón que tiene misericordia de nosotros, sino la misericordia misma. Ahí resplandece el amor del Padre; ahí me siento seguro de ser acogido y comprendido como soy; ahí, con todas mis limitaciones y mis pecados, saboreo la certeza de ser elegido y amado. Al mirar a ese corazón, renuevo el primer amor: el recuerdo de cuando el Señor tocó mi alma y me llamó a seguirlo, la alegría de haber echado las redes de la vida confiando en su palabra (cf. Lc 5,5).

El corazón del Buen Pastor nos dice que su amor no tiene límites, no se cansa y nunca se da por vencido. En él vemos su continua entrega sin algún confín; en él encontramos la fuente del amor dulce y fiel, que deja libre y nos hace libres; en él volvemos cada vez a descubrir que Jesús nos ama «hasta el extremo» (Jn 13,1) – no se detiene, sino hasta el final – sin imponerse nunca.

El corazón del Buen Pastor está inclinado hacia nosotros, «polarizado» especialmente en el que está lejano; allí apunta tenazmente la aguja de su brújula, allí revela la debilidad de un amor particular, porque desea llegar a todos y no perder a nadie.

Ante el Corazón de Jesús nace la pregunta fundamental de nuestra vida sacerdotal: ¿A dónde se orienta mi corazón? Pregunta que nosotros, los sacerdotes, debemos hacernos tantas veces, cada día, cada semana: ¿a dónde se orienta mi corazón? El ministerio está a menudo lleno de muchas iniciativas, que lo ponen ante diversos frentes: de la catequesis a la liturgia, de la caridad a los compromisos pastorales e incluso administrativos. En medio de tantas actividades, permanece la pregunta: ¿En dónde se fija mi corazón? Me viene a la memora aquella oración tan bella de la Liturgia: "Ubi vera sunt gaudia…". ¿A dónde apunta, cuál es el tesoro que busca? Porque —dice Jesús— «donde estará tu tesoro, allí está tu corazón» (Mt 6,21). Hay debilidades en todos nosotros, también pecados. Pero vayamos a lo profundo, a la raíz: ¿Dónde está la raíz de nuestras debilidades, de nuestros pecados, es decir dónde está precisamente aquel "tesoro" que nos aleja del Señor?

Los tesoros irremplazables del Corazón de Jesús son dos: el Padre y nosotros. Él pasaba sus jornadas entre la oración al Padre y el encuentro con la gente. No la distancia, el encuentro. También el corazón de pastor de Cristo conoce sólo dos direcciones: el Señor y la gente. El corazón del sacerdote es un corazón traspasado por el amor del Señor; por eso no se mira a sí mismo – no debería mirarse a sí mismo –, sino que está dirigido a Dios y a los hermanos. Ya no es un «corazón bailarín», que se deja atraer por las seducciones del momento, o que va de aquí para allá en busca de aceptación y pequeñas satisfacciones. Es, en cambio un corazón arraigado en el Señor, cautivado por el Espíritu Santo, abierto y disponible para los hermanos. Y allí resuelve sus pecados.

Para ayudar a nuestro corazón a que tenga el fuego de la caridad de Jesús, el Buen Pastor, podemos ejercitarnos en asumir en nosotros tres formas de actuar que nos sugieren las Lecturas de hoy: buscar, incluir y alegrarse.

Buscar. El profeta Ezequiel nos recuerda que Dios mismo busca a sus ovejas (cf. 34,11.16). Como dice el Evangelio, «va tras la descarriada hasta que la encuentra» (Lc 15,4), sin dejarse atemorizar por los riesgos; se aventura sin titubear más allá de los lugares de pasto y fuera de las horas de trabajo. Y no se hace pagar horas extras. No aplaza la búsqueda, no piensa: «Hoy ya he cumplido con mi deber, eventualmente me ocuparé mañana», sino que se pone de inmediato manos a la obra; su corazón está inquieto hasta que encuentra esa oveja perdida. Y, cuando la encuentra, olvida la fatiga y se la carga sobre sus hombros todo contento. A veces debe salir a buscarla, a hablar; otras veces debe permanecer ante el tabernáculo, luchado con el Señor por aquella oveja.

Así es el corazón que busca: es un corazón que no privatiza los tiempos y espacios. ¡Ay de los pastores que privatizan su ministerio! No es celoso de su legítima tranquilidad – legítima, digo, ni siquiera de ella – y nunca pretende que no lo molesten. El pastor, según el corazón de Dios, no defiende su propia comodidad, no se preocupa de proteger su buen nombre, pero será calumniado, como Jesús. Sin temor a las críticas, está dispuesto a arriesgar con tal de imitar a su Señor.

“Bienaventurados ustedes cuando los insultarán, los perseguirán…” (Mt 5,11).

El pastor según Jesús tiene el corazón libre para dejar sus cosas, no vive haciendo cuentas de lo que tiene y de las horas de servicio: no es un contable del espíritu, sino un buen Samaritano en busca de quien tiene necesidad. Es un pastor, no un inspector de la grey, y se dedica a la misión no al cincuenta o sesenta por ciento, sino con todo su ser. Al ir en busca, encuentra, y encuentra porque arriesga. Si el pastor no arriesga, no encuentra. No se queda parado después de las desilusiones ni se rinde ante las dificultades; en efecto, es obstinado en el bien, ungido por la divina obstinación de que nadie se extravíe. Por eso, no sólo tiene la puerta abierta, sino que sale en busca de quien no quiere entrar por ella. Y como todo buen cristiano, y como ejemplo para cada cristiano, siempre está en salida de sí mismo. El epicentro de su corazón está fuera de él: es un descentrado de sí mismo, centrado sólo en Jesús. No es atraído por su yo, sino por el tú de Dios y por el nosotros de los hombres.

Segunda palabra: Incluir. Cristo ama y conoce a sus ovejas, da la vida por ellas y ninguna le resulta extraña (cf. Jn 10,11-14). Su rebaño es su familia y su vida. No es un jefe temido por las ovejas, sino el pastor que camina con ellas y las llama por su nombre (cf. Jn 10, 3-4). Y quiere reunir a las ovejas que todavía no están con él (cf. Jn 10,16).

Así es también el sacerdote de Cristo: está ungido para el pueblo, no para elegir sus propios proyectos, sino para estar cerca de las personas concretas que Dios, por medio de la Iglesia, le ha confiado. Ninguno está excluido de su corazón, de su oración y de su sonrisa. Con mirada amorosa y corazón de padre, acoge, incluye, y, cuando debe corregir, siempre es para acercar; no desprecia a nadie, sino que está dispuesto a ensuciarse las manos por todos.

El Buen Pastor no conoce los conoce. Ministro de la comunión, que celebra y vive, no pretende los saludos y felicitaciones de los otros, sino que es el primero en ofrecer mano, desechando cotilleos, juicios y venenos. Escucha con paciencia los problemas y acompaña los pasos de las personas, prodigando el perdón divino con generosa compasión. No regaña a quien abandona o equivoca el camino, sino que siempre está dispuesto para reinsertar y recomponer los litigios. Es un hombre que sabe incluir.

Alegrarse. Dios se pone «muy contento» (Lc 15,5): su alegría nace del perdón, de la vida que se restaura, del hijo que vuelve a respirar el aire de casa. La alegría de Jesús, el Buen Pastor, no es una alegría para sí mismo, sino para los demás y con los demás, la verdadera alegría del amor. Esta es también la alegría del sacerdote. Él es transformado por la misericordia que, a su vez, ofrece de manera gratuita. En la oración descubre el consuelo de Dios y experimenta que nada es más fuerte que su amor. Por eso está sereno interiormente, y es feliz de ser un canal de misericordia, de acercar el hombre al corazón de Dios. Para él, la tristeza no es lo normal, sino sólo pasajera; la dureza le es ajena, porque es pastor según el

corazón suave de Dios.

Queridos sacerdotes, en la celebración eucarística encontramos cada día nuestra identidad de pastores. Cada vez podemos hacer verdaderamente nuestras las palabras de Jesús: «Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros». Este es el sentido de nuestra vida, son las palabras con las que, en cierto modo, podemos renovar cotidianamente las promesas de nuestra ordenación. Les agradezco su «sí», y por los tantos «sí» escondidos de todos los días, que sólo el Señor conoce. Les agradezco por su «sí», para dar la vida unidos a Jesús: aquí está la fuente pura de nuestra alegría.

Síguenos en nuestras redes sociales y comparte con nosotros tu opinión:

Facebook

Twitter

*** Para mayor información, visita nuestra Comunidad de Catequistas y Evangelizadores**

*** ¿Dudas, inquietudes? Pregúntale a un experto**

*** ¿Te gustó nuestro servicio? Suscríbete a nuestro boletín mensual**

*** Comparte con nosotros tu opinión y participa en nuestros foros de discusión":**Foros de discusión de Catholic.net